

Bosquejo bibliográfico de la historia medieval de Navarra

Julia PAVÓN BENITO*

Hablar de la Historia Medieval del reino de Navarra en la segunda mitad del siglo xx y en los albores del xxi es traer a la memoria la obra y la escuela de José María Lacarra y Ángel J. Martín Duque. La síntesis publicada por el primero entre 1972 y 1973 en tres volúmenes, y titulada *Historia política del reino de Navarra: desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*, marcó un hito dentro de la historiografía peninsular. Era la primera obra que, bajo un prisma de carácter integrador, conjugaba los distintos factores y componentes históricos, en un amplio encuadre cronológico desde la tardoantigüedad hasta la integración en la monarquía de Fernando el Católico, a comienzos del siglo xvi. Se puede afirmar que, de un modo u otro, se reordenaba el discurso histórico y se daban a conocer, dentro de un único hilo narrativo, las claves de los acontecimientos, vicisitudes, realidades y fenómenos de identidad navarra medieval dentro de un marco académico.

José M^a Lacarra (1907-1987), nacido en Estella, pero residente en Zaragoza tras ocupar su cátedra en el área de Historia Medieval el año 1940, dedicó sus investigaciones historiográficas al estudio y conocimiento de la historia de los reinos de Navarra y Aragón. Huelga detallar el amplio elenco de sus publicaciones que ahondaron, por poner un ejemplo, sobre los fueros y las familias de fueros navarros, Aragón en su historia, la reconquista y repoblación del valle del Ebro, la figura de Alfonso el Batallador o la expedición de Carlomagno a Zaragoza y la derrota de Roncesvalles (1981, discurso de ingreso a la Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis). Asimismo creó el *Centro de Estudios Medievales de Aragón*, participó activamente en la organización de la *Institución Príncipe de Viana*, las *Semanas de Estudios Medievales de Estella* y promovió otras instituciones y reuniones científicas que se fueron formalizando en los años cuarenta y cincuenta dentro del ámbito de las Ciencias Sociales en España.

Su figura y su quehacer fueron conformando una escuela, deudora en cierto modo de los planteamientos historiográficos de los años veinte y treinta de Manuel Gómez Moreno, Agustín Millares Carlo y Claudio Sánchez Albornoz, con quienes aprendió distintos métodos y técnicas de investigación durante su estancia en Madrid, donde ingresó por oposición en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (1930), se licenció en Derecho y se doctoró en Historia (1933). Dentro de esa escuela que fue formando destacarían tempranamente Antonio Ubieto Arteta y Ángel J. Martín Duque. Tanto uno como otro se vincularían al entramado de investigación de los reinos pirenaicos —ámbito natural del maestro—, rescatando de los archivos piezas documentales inéditas, crónicas medievales y dedicándose a la

61

* Departamento de Historia, Historia del Arte y Geografía. Universidad de Navarra

investigación de cuestiones históricas escasamente conocidas o con lastres legendarios y románticos. No obstante, A. J. Martín Duque, que pasó a ocupar la cátedra de Historia Antigua y Medieval de la Universidad de Navarra (1958), acabaría por volcarse casi exclusivamente por el estudio y difusión científicas de la Historia del reino de Pamplona-Navarra.

Qué duda cabe que el compendio de Lacarra influyó notablemente sobre este nuevo ámbito del medievalismo navarro, y convirtió sus reflexiones —y este fue el acierto—, no en un instrumento inerte sino en una pieza orgánica a partir de la cual había que seguir profundizando. La veta había sido abierta y los proyectos de investigación —tesinas, tesis, obras colectivas— dirigidos por Martín Duque comenzaron a dar su fruto en los años ochenta y noventa. Así surgieron los trabajos de Juan Carrasco Pérez, Raquel García Arancón, Eloísa Ramírez Vaquero, Carmen Jusué Simonena, Alberto Cañada Juste, Luis Javier Fortún, Fermín Miranda García y Susana Herreros Lopetegui, por citar algunos. También dirigió el texto y material cartográfico correspondiente a la Edad Media del *Gran Atlas de Navarra. II. Historia* (1986) y coordinó las voces de esa etapa (personajes históricos, historia de las localidades, hechos y batallas, linajes familiares) de la *Gran Enciclopedia de Navarra* (1990). Dentro de estas coordenadas se editó, igualmente, en 1991, una obra que aunaba el rigor científico y la divulgación, *El Camino de Santiago en Navarra*. No se puede olvidar, en última instancia, los distintos artículos aparecidos en la revista Príncipe de Viana y en las actas de los *Congresos de Historia de Navarra*, iniciados en 1988, con el apoyo institucional de la Sociedad de Estudios Históricos de Navarra.

62

Los últimos treinta años representan, por tanto, un giro dentro de la historiografía medieval navarra, tanto por los planteamientos metodológicos como por la novedad de los temas investigados o las cuestiones planteadas de fondo. La particularidad de esta escuela se ha venido apoyando en lo que Martín Duque ha llamado, sin aplicar una terminología rebuscada, una técnica de trabajo “honesto”. Lejos de los espejismos de las modas historiográficas y de los giros de las corrientes teóricas “postmodernas”, se ha de aplicar, en primer lugar, un método científico positivista, con el objeto de comprender y encuadrar el testimonio histórico, sea de la naturaleza que sea. No cabe, en suma, desprender del trabajo del historiador las técnicas tradicionales de investigación como pueden ser la paleografía, la diplomática, la onomástica, la lingüística o la arqueología. Sin el dominio de estos aparejos, la navegación no puede ir a buen puerto.

Desbrozados los indicios, en un segundo término, procede avanzar hacia la interpretación de las realidades que reflejan dichos testimonios históricos. Pero ¿cómo desentrañar y valorar lo que nos han transmitido esas fuentes que han llegado hasta nuestros días? ¿Cómo escudriñar las intenciones y los silencios de la memoria escrita y del resto de herencias materiales? Ante ello, cabría la utilización de un método *presentista*, o la mera disquisición crítica y científica, pero lo más importante es situar los contenidos y mensajes de esos documentos históricos dentro de un contexto. Martín Duque viene demostrando lo compleja que puede llegar a ser la interpretación del pasado. Sin utilizar posicionamientos de ningún tipo, ha ido enseñando que lo que procede hacer es ir tejiendo, sobre el tapiz interpretativo, los distintos hilos —algunas veces imperceptibles—, que componen la narración sin desatender ningún detalle. Y, de

este modo, englobando la trama de todo tipo de circunstancias, a modo de círculos concéntricos, se distingue e integra cada uno de los acontecimientos que podrían verse, sin perspectiva, como algo aislado e inescrutable. Gracias a ello, ha logrado presentar, por ejemplo, una explicación verosímil y sólida sobre los orígenes del reino de Navarra, esto es, lo ocurrido en esta franja del Pirineo antes del año 905, donde las fuentes son de diversa procedencia, dispersas, escuetas, fragmentarias y, sobre todo, muy escasas.

A diferencia de José M^a Lacarra no ha llegado a escribir una síntesis para todo el período medieval, pero sí ha firmado o dirigido una revisión de la misma desde la invasión musulmana hasta 1350 en los capítulos correspondientes a Navarra de los volúmenes VII-2, IX y XIII-2 de la *Historia de España* Ramón Menéndez Pidal. Al calor de ese ambiente se han podido publicar, por ejemplo, los dos volúmenes de Edad Media de *Historia de Navarra*, financiados por el Gobierno de Navarra en 1993, y que escribieron Carmen Jusué, Luis Javier Fortún y Eloísa Ramírez Vaquero. Dicha colección se completaba con otros tres volúmenes para la Edad Moderna y Edad Contemporánea en un formato accesible, didáctico, pero con el respaldo de un rigor científico. Dentro de esa misma tónica se publicó una Historia de Navarra por entregas, avalada por el Diario de Navarra, *Historia de Navarra. Edades antigua y media* (1993), coordinada por Juan Carrasco Pérez, catedrático de Historia Medieval de la Universidad Pública de Navarra. La extensión de la misma contrasta con una propuesta más reciente de Jesús M^a Usunáriz, en su *Breve Historia de Navarra* (2006), donde, en un marco más general, atiende las centurias medievales. Merece destacarse, igualmente, la *Nueva Historia de Navarra* (2010), coeditada entre Eunsa y la Universidad de Sevilla, y que dedica dos de sus capítulos al período objeto de nuestra atención.

63

Cambiando de plano, y teniendo en cuenta la difusión de la Historia al gran público, caben interpretarse los fascículos que desde 1967 y hasta 1977 se publicaron en la colección *Navarra: Temas de Cultura Popular*, por la Diputación Foral de Navarra, tocando una amplia gama de aspectos de la historia, la etnografía, la cultura. De igual forma se enmarcan algunos de los trabajos de Juan José Martinena, que fue director del Archivo General de Navarra y formado igualmente bajo el paraguas de Martín Duque, como *Historias del viejo Pamplona* (2001), *Nuevas historias del viejo Pamplona* (2006) e *Historias y rincones de Pamplona* (2011), donde ha ido recogiendo, fruto de sus columnas periodísticas, breves relatos, episodios concretos, anécdotas y leyendas desde el medievo vinculadas a la ciudad. Este último libro fue dedicado a José Javier Uranga, director del Diario de Navarra y un gran aficionado a la Historia Medieval, como manifiestan sus trabajos costumbristas sobre *Santa María de Eunate* (1976), *Ujué Medieval: fortaleza, villa y santuario* (1984), por nombrar algunos.

Todo ello demuestra la existencia de dos ámbitos de desarrollo de la Historia, el primero de carácter científico y el segundo, de difusión social. En este último caso el lenguaje y los datos de corte académico pierden parte de su sentido, ya que en el discurso prima lo didáctico o lo anecdótico, e incluso la construcción de una trama de intrigas y enredos. Ahí radica el éxito de la novela histórica, una narrativa actual con aderezos de pasado, y en la que caben los libros de M^a Ángeles Irisarri, *Doña Toda, reina de Navarra* (1991) o *El viaje de la reina* (1997).

Si bien, y aunque refiere el tema de Navarra colateralmente, vale la pena citarse *El salón dorado* (1996) o *El Cid* (2000), novelas firmadas por el medievalista José Luis Corral Lafuente.

A lo largo de estas líneas, dentro de un ejercicio práctico de acercamiento a la tradición historiográfica y bibliográfica de la Navarra medieval, se han presentado sucintamente algunas muestras de lo más rigurosamente científico, con lo que no lo es tanto. Desde luego que los contenidos y los reclamos de las tradiciones noveladas o los episodios didácticos sobre hechos y personajes que suenan en boca de todos, han tomado mayor ventaja en el mercado editorial.

Con todo, sin ese círculo de profesionales de la Historia, que enriquecen y dinamizan nuestra comprensión del pasado —formados los últimos treinta años por Martín Duque—, mal o poco miraríamos hacia atrás. Un pasado plasmado en múltiples obras, algunas de las cuales se han querido traer a colación, con la única finalidad de despertar la curiosidad por conocer y profundizar sobre una etapa histórica tan significativa, en la que se condensó la identidad navarra.